

VIDA FEMENINA

En Inglaterra continúan las mujeres intensificando su acción política. La señora Pethick Lawrence, Presidenta de la Liga por la Libertad de las Mujeres, anuncia su propósito de inaugurar una campaña persiguiendo la creación de un *partido de las mujeres*, es decir, cohesión de todas las tendencias políticas femeninas, y que sería enfrentado al *partido de los hombres*. En una palabra, dividir en dos grandes unidades de sexo la vida social y política de Inglaterra: Partido de las mujeres y partido de los hombres.

En honor a la verdad, hemos de decir que, de esos dos partidos, en Inglaterra, el de las mujeres, representaría la izquierda; el de los hombres la derecha. Al revés que en España, es en Inglaterra la mujer, políticamente, es más avanzada que el hombre. Por eso el propósito del Gobierno inglés de conceder el voto a las mujeres desde los 21 años ha levantado las iras y los clamores de los reaccionarios.

Sin embargo, no es este el camino que debe seguir la mujer para sus reivindicaciones de sexo y de humanidad. Existen superiores conceptos sobre la libertad y la dignidad humanas que la limitación de una lucha de sexo no abarca ni resuelve. Esperemos que este *partido de las mujeres* no prosperará. Agriaría la lucha y dividiría a la humanidad en antinaturales e inhumanas banderías. En vez de dividir a los seres humanos en dos partidos, fundámoslos todos en un partido único: el de la Humanidad, y en un credo único: el de la libertad y la justicia.

* * *

China, que atrae en este instante las miradas del mundo, vive ahora un verdadero renacimiento femenino. En las artes, en la ciencia, en la literatura, la mujer ha entrado por la puerta grande. Las Universidades europeas han visto en sus clases la nota sugestiva y exótica de estudiantas chinas, que vuelven a Oriente cargadas de las inquietudes morales e ideológicas del mundo espiritual de Occidente. Así la señorita Chen, joven y cultísima doctora china, partida de París hace pocos meses y que en su país se

ha puesto al frente de núcleos y colectividades docentes del naciente y viejo mundo.

Así también, y sobre todo, la viuda de Sun-Yat-Sen, que continúa, incansable y fervorosamente, la obra liberal y despertadora de su marido. La silueta de esta mujer admirable se ha proyectado sobre las muchedumbres chinas y su voz suena serena y persuasiva en estas horas de prueba.

Otras mujeres, más avanzadas, aunque más anónimas que éstas, difunden también en China la últimas concepciones filosóficas de Occidente. Unas y otras representan un paso de gigante, una reivindicación y un integramiento de la mujer en la vida social, ideal y política de China.

* * *

La América latina posee hoy un magnífico plantel de figuras femeninas. Y allí, al revés de Europa, las mejores, más inteligentes y activas figuras femeninas, han salvado los límites estrechos del feminismo, profesando y propagando el más amplio de los humanismos.

En el Brasil, María Lacerda de Moura, escritora ilustre, mujer profundamente comprensiva, educadora de gran prestigio docente, continúa su campaña fervorosa en pro de una nueva personalidad femenina y de una integración de la mujer en las luchas sociales y morales de nuestros días.

En el Perú, otra notable y prestigiosa figura femenina aporta al mundo de la magistratura el hálito demoleedor de sus ideas generosas y de sus propósitos justicieros. Esta mujer, Miguelina Acosta Cárdenas, licenciada en Filosofía y Letras, doctora en Derecho, es el más alto exponente de la izquierda filosófica peruana. Inteligente, de una actividad febril y valor a toda prueba; ha sufrido arrestos y persecuciones de parte del gobierno peruano y ha puesto al servicio del proletariado su toga, que lleva con entereza, hoy rara en los hombres.

En la Argentina, forman legión las mujeres de amplio criterio libertario. Teresa Marcheroni, que en Buenos Aires publica «La Madre», hermoso periódico femenino de clara tendencia ácrata; Herminia Brumana,

Sara Pérez, Juana Rouco y tantas otras que en este momento no recordamos, elevan el estandarte de la acción femenina contra los poderes constituidos.

La poesía femenina de vanguardia está en

la Argentina representada por la exquisita sensibilidad y el delicado lirismo de Salvadora Medina Onrubia, poetisa de noble estirpe artística, de gran talento y de estro sutil y profundo.

NANIN Y LOLITA

(Cuento para niños)

—¡Eunu...uy Nanín!... ¡Eunu... uy Nanín!...

—Helo de dar un torozón de pelos cuando allegue, al mi rapaz de los demonios condenados.

—Vile yo al su rapaciño, tía Nanín; estaba en lo alto de un negrilla del cercado del señor don Jaime mi señor. Lolita, la su hija, esperaba el nido que Nanín cogiera para contentarla.

—Helo de dar, y dar bien duro, que el su padre no gana para calzones del su rapaz.

* * *

—Nanín, tú no me quieres; si me quisieras, como dices, tú saltarías esa cerca y me cogerías aquella pera tan linda que vemos en el peral.

—¡Puño! Sí que te quiero, pero el señor maestro nos dice que no debemos saltar los cercados y coger las frutas y que no debemos coger los nidos de los pajarillos, y tú me haces desobedecer al maestro. El otro día la mi madre buen torozón de pelos dióme y un setor tijón de orejas también.

—Sí, pero los pajarillos se murieron.

—Ya tú lo ves, como dice el señor maestro; las crías, sin el calor de los padres, se mueren.

—¡Qué tonto eres, Nanín! En Madrid, cuando salgo de paseo con mi *nurse*, yo veo vender pajaritos y los tienen en unas jaulas muy pequeñas y no se mueren.

—¡Puño!... El señor maestro me decía un día: «Si a ti te robaran de tu casa los hombres malos y te encerrarán en una casa donde no pudieras salir, ¿qué te pasaría?... Pues piensa que a los pajaritos les ocurriría lo que a ti si los robaras de su nido.» Y ya tú ves los probiños murieron y los sus padres se morirán también.

—Pues yo quiero esa pera tan linda.

—No, Lolita, no quiero desobedecer al mi maestro.

—Mañana, cuando vengas a la verja de la quinta, diré que no te abran y te achucharé a «Flik» para que te muerda. Ya no te quiero, Nanín; ya no te llevarán mis papás a Madrid conmigo cuando seas más grande.

La soberbia chiquita dió un respingo y



dejó a su amiguito solo, mordiéndose las uñas como si consultara si debía desobedecer al maestro por contentar a su amiguita.

* * *

Lolita era una linda chiquilla de ocho años rubia como un girasol, pizpireta como una golondrina y desenvuelta y lozana como flor de estufa cuidada con esmero. Hija más pequeña de los marqueses de Cuba, todos los años, en estío, venía a pasar unos meses a La Bañera, esa hermosa villa que el antiguo reino de León tiene a media hora de Astorga.

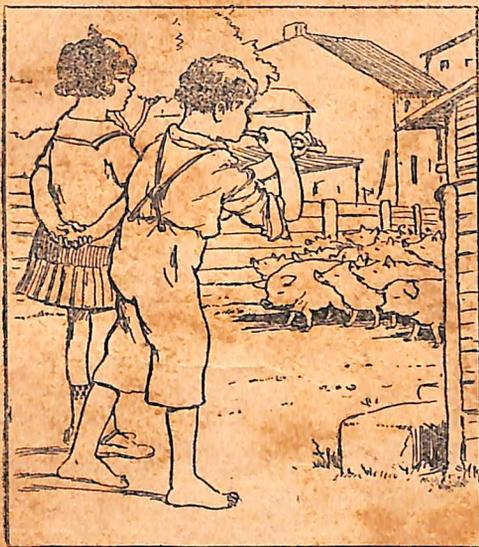
Los marqueses, dueños de medio pueblo, no visitaban nunca la villa y Lolita, acompañada de la *nurse* y tres criadas, pasaba

unos meses de vida campestre, disfrutando con los cánticos de los pajarillos, el balar de las ovejas y el chillar de las mozas que bajaban a lavar al río las madejas de lino, metiéndose en el agua hasta la cintura y golpeando las madejas contra las piedras con gran ruido.

Un día, Lolita, la traviesa y mimada niña, perseguía a una paloma intentando herirla con las pequeñas flechas que disparaba con un arco.

Un grito hizo detenerla en su persecución.

Miró, buscando quién la gritara, y vió un muchachito descalzo y roto que con una pequeña flauta hecha de una caña de ribera la amenazaba.



Lolita acercóse al muchacho y le preguntó quién era.

—Yo soy el «rey»; Nanín, el hijo del tío y de la tía Nanín —dijo el muchacho.

Lolita se echó a reír con todas sus ganas.

Nanín se puso serio y preguntó a la niña: —¿De qué te ríes?

—De que dices que eres el rey; un rey descalzo y roto. ¡Qué gracioso eres y cómo me engañas! Pero si el rey es un señor muy rico y va vestido de oro y brillantes; yo lo he visto en Madrid cuando papá me llevó a Palacio en un día de fiesta.

Nanín abrió los ojos y las orejas cuanto podía escuchando tantas grandezas como decía Lolita y, embobado, no comprendía.

—Pero si viste de oro y brillantes, ¿cómo hace para no ensuciarse cuando se le esca-

pa un cochino y tiene que correr atravesando regueros y estercoleros hasta cogerle?— dijo Nanín, cada vez más asombrado.

—¡Pero, tonto! ¡ Si el rey no guarda cerdos, ni tiene que correr por ninguna parte! Tiene soldados, muchos soldados, muchos caballos, muchos coches y muchos criados y todo el mundo le obedece.

—También a mí mis cochos. Mira.

Y Nanín, llevándose a los labios la flauta, hizo sonar una tocata bucólica, alegre y pastoril. Los cerdos que pastaban por el monte diseminados aquí y allá, fueron viniendo Perezosamente y mordisqueando las hierbas jugosas del monte, se acercaron a los niños.

Lolita fué la sorprendida ahora y Nanín creció ante sus ojos como si fuera un rey de verdad.

—¿Y esos cerdos son tuyos?

—¡Puño! No, son de los vecinos del pueblo, que me los dan para guardar.

—Si fueran tuyos me darías aquel chiquitín tan mono, color de rosa, ¿verdad?

—Sí que te lo daría; pero tú me darías tus flechas y tu arco.

—¿Para cazar palomas y pajaritos?

—No, para cazar animales dañinos, que hay muchos por el monte; a las palomas y los pájaros no se les debe matar; son buenos y no hacen mal; pero las raposas y los gavilanes, esos sí que son malos.

Así nació la amistad de Nanín y Lolita; la niña aristócrata y el niño campesino. Y así se quisieron, como se quiere en esa dichosa edad donde los corazoncitos tiernos y amantes aun no pasaron por el trillar de la vida que los deforma, los endurece y a veces, después de envilecerlos, los destroza.

Lolita, la niña veleidosa, imperante y caprichosa, hízose querer de Nanín, obediente siempre a los menores caprichos de la chiquilla, que con su gracejo y desenvoltura en el vivir que empezaba, iba marcando con la inconsciencia inocente su camino a seguir en la vida.

* * *

Aquel verano Nanín estaba triste. Su amiguita, en la primera entrevista, alegre y deseada como siempre, después de larga ausencia, venía al pueblo, habíale dicho que aquel verano era el último que veranearía allí, porque sus papás habían decidido llevarla a un gran colegio de Burdeos.

—Sabes, Nanín, ya no te veré más; me llevan a Burdeos a un gran colegio donde hay muchas señoritas como yo, marquesas y duquesas.

Y la chiquilla reía y saltaba de contenta sin notar que el corazoncito de su amigo se encogía y latía como temeroso de morir.

—Y cuando me eduquen las «madres», después de unos años, dice mamá que me casarán con un príncipe. Tú no sabes lo que es un príncipe, ¿verdad, Nanín? ¡Ay, hijo, qué tonto eres! Te estoy hablando y tú no haces más que mirarme como si no me conocieras. ¿Lloras, Nanín? No llores. Sí, volveré. Ya verás; cuando me case y sea princesa vendré aquí y te tomaré a mi servicio. Te vestiré casi como un rey de veras, con pantalón y levita adornados con botones y franjas de oro...

Nanín protestó.

—Yo no quiero eso; yo quiero seguir siempre aquí y que tú vengas siempre todos los veranos y que te asomes a la ventana cuando paso con mis cochos y toco la flauta para que sepas que paso. Y que me veas hacer volatines para que te rías, cuando los domingos marchó al Arrote delante del tío Toribio, el gaitero y el tamborilero. Y que me veas tocar las campanas, dando volteretas abrazado a ellas en la torre de Santa María. Y que toques las canciones que te enseñó en las flautas de caña que te hago... Esto vale más que ir a ese gran colegio para luego casarte con un príncipe.

Los ojos tristes de Nanín dejaron resbalar dos lágrimas que fueron a caer sobre sus pies descalzos, quedando fijas por un momento sobre la piel curtida, como si quisieran marcar para siempre aquél momento de angustia en que el corazón del chiquillo pugnaba por no morir de dolor.

Desde ese día que Nanín lloró de dolor ante su amiguita, el rapaz se tornó más esclavo, obediente a los caprichos de Lolita.

La tía Nanín dábale al su rapaz cada repelón de pelos y cada retortijo de orejas, que hacíanle lanzar ayes constantes.

El tío Nanín maldecía al demonio condenado que se había apoderado del su filló y le hacía regresar todas las tardes con las culeras de los calzones destrozadas y las piernas y las manos cruzadas de arañazos.

—Pero, condenado, ¿qué «malo» se apo-

deró de ti para ponerte más espinado que el «Cristo de Palacios»?

—Escapóseme un cocho y hube de correr para alcanzarlo, cáíme y levantéme para caer más veces.

—Mentiste, galán, mentiste—chilló la tía Nanín,—la tía botera díjome que en lo alto de un negrillo subiste y un nido de «pegos» cogiste para contentar a la señorita marquesa que Dios la perdone los repelones que te doy por la su causa.

—Y que saltaste el cercado del señor médico y peras cogiste hasta hartarte—dijo el tío Nanín;—he de darte una carrillada que ha de dolerte por haber olvidado las buenas enseñanzas del tu maestro que siempre te quiso como buen rapaz.

* * *

En vano la tía Nanín repetía los repelones sobre su rapaz.

Las amenazas del padre y alguna que otra carrillada, de nada valían para evitar que los calzones y las carnes de Nanín se vieran acribilladas y rotas.

El pobre «rey» aguantaba pacientemente las reprimendas y los golpes de sus padres que no sin motivos éranle prodigados.

Pero lo que más temía, era que el su maestro le llamara para reprenderle por olvidar los buenos consejos y la enseñanza que le diera. Cuando los sábados, día de mercado, recorría las casas de los vecinos para cobrar el real que semanalmente le proporcionaba la guarda de cada «súbdito» de su «reinado» ocultábase a la vista del maestro evitando el doloroso recordatorio de sus desobediencias.

Su carácter servicial y cariñoso, tornóse despegado y huraño. El tío Toribio el gaitero había echado de menos sus cabriolas y danzas domingueras ante su gaita. El sacristán también había notado la ausencia del rapaz que con su audacia ponía los pelos de punta a los vecinos al verle abrazado a la campana grande dando volteos hasta cansar a los volteadores.

Mil veces pensaron verle estrellado contra las picudas piedras de la plaza.

Hasta Milmañas, el simpático «inventor» de globos y fuegos de artificio, había preguntado por él, necesitado de los servicios nunca negados por el rapaz.

Nanín ya no era el «rey» amante de su oficio; sus súbditos habíanse dado cuenta

del cambio de carácter de su pastor y se aprovechaban para hojar jubilosos en las charcas y en los lodazales que encontraban en los caminos con gran protesta de sus amos, que hablaban de destronar al «rey».

Se acercaba la fiesta de Agosto, que el pueblo celebraba con gran bullicio adornando la plaza mayor con fuentes luminosas, haciendo fuegos artificiales y dando vueltas a globos que en las barquillas llevaban sendos billetes de cinco duros, que eran para los mozos que disputando en velocidad a los globos siguiéndoles a la carrera, a pie o a caballo, se apoderaban de ellos en su descenso.

Pero lo que más preocupaba a las amas de casa y a la gente menuda, era el amasijo de los roscos y bollos, que luego, atados unos a otros, formaban la famosa «cuelga» con que las amistades se «colgaban» unas a otras en el día de la fiesta, quedando los «colgados» en posesión del ansiado y apetitoso collar que luego comían en familia.

Nanín no podía esperar el tener roscos ni bollos para hacer «cuelga» porque sus padres eran muy pobres.

Y él quería «colgar» a su amiguita. Y como cuando no hay medios la imaginación trabaja para encontrarlos, el «rey» se decidió a hacer una «cuelga», que si no apetitosa, sería admirada por Lolita.

De su casa cogió una aguja y un hilo de lino y con cuidado exquisito se dedicó a buscar frambuesas, magnelas, bolitas de bairen, azofaifas y acerolas silvestres.

Los sitios donde se criaban los más lindos frutos que Nanín escogiera para la cuelga, fueron marcados por el rapaz en espera del día de la fiesta.

El «rey» saltaba de contento. La «cuelga» que él haría para su querida amiguita, ni Milmañas con toda su invención pensó nunca hacerla tan bonita.

Los divinos colores de los frutos, tornasolados, rojos, amarillos y rosa parecerían al collar que el rey de verdad llevaba siempre consigo, como le había contado Lolita.

Deseaba que llegara el día de agosto como la ilusión espera la dicha.

Si los papás de su amiguita querían casarla con un príncipe, él, Nanín, el «rey» de La Bañera, la impondría el collar, que si no sería toisón de oro, sería tejido de cariños inocentes, fraternales y santos.

La haría reina. ¡Su reina!

La plaza mayor del pueblo iba vistiendo su traje anual de gallardetes, cintas, flores y vasos pintados de colorines. Los arcos de los soportales verdeaban su ramaje y tremolaban banderolas multicolores. En medio de la plaza, frente al Ayuntamiento y la iglesia el genio brujo de Milmañas había levantado una fuente cuyo surtidor había de subir tan alto como la torre.

Las mozas y los mozos mercaban telas y paños por las tiendas para estrenar el día de Agosto siguiendo la añeja costumbre que se había hecho ley en el pueblo.

Las lecheras de Giménez y Villanueva iban llegando luciendo sus ricos manteos, sus corpiños de terciopelo, las blusas llenas de puntillas y bordados y los pequeños delantales de seda salpicados de cuentas y abalorios que relucían como brillantes.

Las pequeñas zocas de madera llenas de arabescos adornos de los artistas aldeanos, chocleaban al marchar garrido de las mozas en su pisar por aceras y guijarros.

De los otros pueblos y aldeas cercanos a la villa llegaban campesinos cargadas sus carretas de frutos atrayentes y apetitosos.

Por las carreteras y los caminos, sucedíanse las cántigas de la mocedad, que en su alborozo lanzaban al su amor; las rapazas contestábanles en otros cantos de amor y desafío y a lo lejos, los «turuxos» de firal, traían sus ecos hasta la ciudad como preludios de armonías humanas nunca extintas.

* * *

Llegó el gran día. Nanín, loco de contento, y con camisa nueva, que la su madre le mercara, corrió en busca del collar que el día antes tejiera con los pequeños frutos más arrogantes y lozanos que la tierra diera.

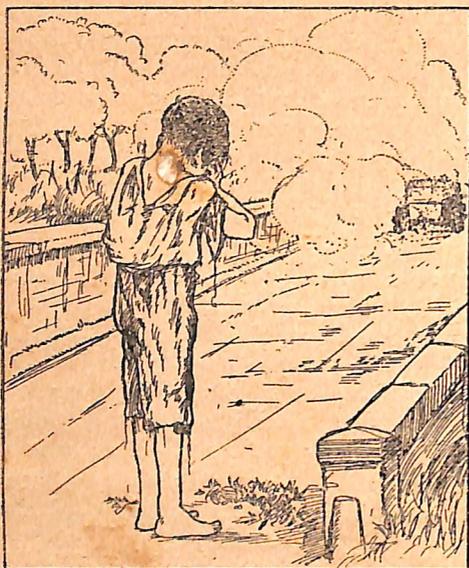
Teníalo oculto como tesoro querido en un majuelo espeso que sólo de él era conocido; en la entraña del monte, junto al cañasal más viejo y más frondoso de toda la comarca.

Y ya en sus manos, extasióse viendo refulgir a los rayos del sol, las gemas más bonitas que en colores complicados y hábilmente combinados, sería el encanto de su amiguita.

Presuroso como ilusionado, marchó hacia la quinta y cuando ya en la carretera la

veía, una visión de dolor y de engaño le dejó parado.

En la puerta de la quinta el automóvil de la casa, cargado de maletas, esperaba.



Y vió como la *nurse* y Lolita subieron al coche y éste partió veloz hacia el pueblo para atravesar la Plaza y tomar la carretera que conducía a la estación de Veguellina.

Nanín, soltando un ¡Puño! con toda su fuerza como una blasfemia, tomó, loco y veloz, campo a traviesa. Saltando setos, cruzando regueros, atravesando por moreras y matorrales dejando un jirón de su camisa allí, un pedazo de sus pantalones más allá, punzándose en la cara y en todo el cuerpo, lanzóse al río, que atravesó nadando como ánade herido y cuando, empapado de sudor y agua, roto y ensangrentado, llegó al puente de la carretera, no pudo ver más que el auto que, pasando en velocidad inverosímil, lo envolvió en una nube de polvo y en el olor pestilente de gasolina.

El pobre «rey» quedó solo y triste en medio de la carretera, viendo alejarse para siempre el cariño de su amigueta.

El collar tan amado que guardara en el pecho durante su loca carrera, cayó al suelo por un rasgón de su desgarrada camisa.

Y su pequeño corazón que sabía querer como uno grande, roto, se deshizo en lágrimas, que fueron a mezclarse en el polvo del camino.

Cayendo de rodillas, hipando la muerte de su amistad y de su cariño, lloró como sólo se puede llorar a los doce años, cuando el dolor siembra la primera pena en una ilusión perdida.

MAURO BAJATIERRA

LOS ARRAIGADOS

PSIODORO, filósofo cínico, habiendo perdido a su amada, resolvió vivir errante, extraño a todo y a todos. Sin más equipaje que un viejo manto en sus espaldas y un rudo bastón en la mano, se marchó. Durante todo el día andaba al azar. Cuando tenía hambre comía lo que se encontraba a su alcance. A menudo alguien protestaba, quien no tenía ninguna necesidad de aquel alimento, pero pretendía ser su propietario. Psicodoro no oía los gritos. A veces el dueño de los alimentos derribaba o pegaba al cínico, quien, despertado de su sueño, apaleaba al dueño con su bastón. Pero entonces acudían numerosos esclavos,

que cogían al audaz que consideraba al hambre como una razón para comer. Le llevaban ante los tribunales. Sabía él que las orejas de los jueces, tapadas con la estopa de las leyes, no pueden oír nada y no respondía a las preguntas que se le hacían. Ordinariamente le dejaban marchar creyéndolo loco. Otras veces le encerraban durante algunos días en la prisión. Por la tarde Psicodoro se acostaba al mismo tiempo que el sol. Cuando estaba libre, su lecho era el borde de la carretera o el fondo de un torrente sin agua.

Psicodoro andó tres años, sin detenerse voluntariamente durante el día y sin pro-